

KES Y LA TORRE DE LAS CUATRO PUERTAS



KES Y LA TORRE DE LAS CUATRO PUERTAS

LIBRO TRES

IVÁN BOLAÑOS

KES Y LA TORRE DE LAS CUATRO PUERTAS – LIBRO TRES

Copyright © Iván Bolaños

Editado por Tony & Vanchi

Todos los derechos reservados. Este libro, así como cualquiera de sus partes, no podrá ser reproducido en cualquiera forma sin autorización. Esta novela es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes, son producto de la imaginación del autor o han sido usados ficticiamente.

ÍNDICE

KES Y LA TORRE DE LAS CUATRO PUERTAS.....	1
I. GUARDIANES DE LA TORRE	4
II. EL ENGAÑO	6
III. LLEGADA INESPERADA	15
IV. LA CIUDAD DE ERBOS	24
V. NUEVOS ALIADOS.....	29
VI. EL ESCAPE.....	37
VII. LA TOMA DE LA TORRE.....	51
VIII. INVASIÓN A LAS TIERRAS DE HIELO	58
IX. LA PRISIÓN DEL GUARDIÁN	69
X. MUERTE ENTRE LAS DUNAS.....	73
XI. LA CAIDA DE LA TORRE	88
XII. EL RENACER DEL AURE	91
XIII. DE REGRESO A TERRALÁN.....	104

I. GUARDIANES DE LA TORRE

Todos se levantaron más temprano de lo habitual esa mañana. El sol todavía no iluminaba la base de la torre cuando Lyda se dispuso a preparar el desayuno. No había podido dormir bien la noche anterior. Preocupada por la inminente partida de su esposo, tampoco prestaba mucha atención a lo que estaba haciendo en la cocina.

—¿Mamá? ¡Mamá! ¡Estás derramando la leche! —exclamó la niña.

—¿Ah?! Gracias, Yali. No sé en qué estoy pensando.

—Es por papá, ¿no?

—No, no. Es solo que no he descansado bien. Avísales que vengan, y regresa para ayudarme a poner la mesa.

La amplia habitación, que también hacía las veces de comedor, estaba dispuesta en un nivel intermedio de la torre, en el que también se ubicaba la magnífica armería del guardián. En ese lugar, Molen entrenaba para perfeccionar las avanzadas técnicas de combate que hasta el momento no había tenido ocasión de poner en práctica frente a un enemigo real.

Los dormitorios se ubicaban un poco más arriba, junto a un cómodo salón que servía para que la familia pudiera descansar y compartir sus experiencias de cada día.

Un elevador permitía acceder al extremo superior de la torre, «el salón de observación», desde donde los guardianes habían vigilado los cuatro reinos desde hacía siglos. Desde esa imponente altura ellos podían estar al tanto de los sucesos más importantes de aquellos vastos territorios.

Las barreras mágicas para acceder a dichos reinos se encontraban en la primera planta, donde se ubicaba el «salón de las cuatro puertas». Para llegar ahí, había que usar otro elevador, que solo podía accionarse mediante un mantra secreto, conocido únicamente por Molen y su familia. De esa manera, a cualquier posible intruso le sería imposible subir.

Por generaciones, la magia tan poderosa de la torre les había permitido a los guardianes vigilar los cuatro reinos desde las alturas, pero la única forma de llegar a ellos era a través del salón. Las inexpugnables puertas sólo se podían abrir desde adentro, por lo que, si alguno de los reyes quería visitar la torre, tenía primero que usar la trompeta mágica y anunciarse ante el guardián.

II. EL ENGAÑO

Molen se despidió de su esposa con un beso. Abrazó a sus dos hijos con cariño y se ubicó sobre el elevador.

Su invencible armadura de luz, que resplandecía al ritmo de su corazón, lo hacía verse como un poderoso guerrero enviado por los dioses. Llevaba la lanza plateada en la mano derecha y la llave del reino de las sombras colgada de su cinturón.

—Nunca te había visto usar esa armadura, papá —exclamó la niña.

—Es la primera vez que tu padre visita ese reino tan peligroso —le explicó Lyda—. En ese lugar necesitará de su mejor defensa.

—¿Cuánto demorarás en volver? —preguntó la inquieta Yali.

—Pronto estaré de regreso. En mi ausencia deberás cuidar a tu madre y a tu hermano.

—¡Así lo haré!

—No olvides lo que te he enseñado —dijo Molen, cuando ya solo la mitad superior de su cuerpo era visible. El elevador descendía.

—No debo intentar bajar al nivel inferior, y mucho menos abrir alguna de las puertas.

—Muy bien, hija. Ahora vayan con Gósel. Él ya debe estar en el salón de observación.

El primogénito del guardián, de dieciséis años, permanecía junto a la baranda desde la que se podía observar la angosta franja de terreno eriazos que antecedió al reino de las sombras. Instantes después aparecieron su madre y su hermana.

—Miren, ¡ahí está! —gritó Yali. La jovencita no podía ocultar su preocupación.

La resplandeciente figura de Molen se veía empequeñecida desde la impresionante altura. Pronto se perdió entre las sombras.

—Mamá, él volverá pronto, ¿no?

—Sí, hija. Como siempre lo ha hecho.

—¿Cuántas veces ha visitado los otros reinos?

—Antes que tú nacieras lo hacía con frecuencia. Pero hace tiempo algo cambió.

—¿Qué cosa, mamá?

—Los reyes se volvieron desconfiados unos de otros. Incluso alguno llegó a pensar que tu padre podría estar confabulando en su contra. Dejaron de usar sus trompetas mágicas. No volvieron a llamar.

—Madre, pero esta es la primera vez que ingresa al reino de las sombras —exclamó Yali.

—Y hay una buena razón para ello. Pero no es momento de hablar de eso. Vayamos a la cocina a ver qué ha llegado.

La magia de la torre regularmente abastecía de alimentos a la despensa de la familia del guardián.

A medida que Molen avanzaba por las sombras, pudo notar como su armadura se había encendido como nunca. Cuando la limpiaba y pulía dentro de la armería esta resplandecía con hermosos destellos blancos y

azules, pero ahora, en contraste con la tierra dominada por la oscuridad, su brillo parecía mucho más intenso. La lanza plateada también había adquirido una luminosidad inusitada.

El guardián de la torre todavía no estaba seguro de las verdaderas intenciones del rey de las sombras. Él solicitó que lo acompañara a cada uno de los otros reinos. En la carta, el monarca aseguraba que su propósito era conseguir que los cuatro territorios firmaran un acuerdo de mutua confianza y paz perpetua. Era algo realmente inesperado.

Hacía años que los otros reyes no tocaban sus trompetas para solicitar reunirse con el guardián, y aquella tensa calma le parecía el preludio de un peligroso desenlace.

Recordaba muy bien lo que estaba escrito en los antiguos registros de la torre. Estos contaban como hacía casi cinco siglos, un antecesor del oscuro soberano, en base a engaños y traiciones, casi lleva a la guerra a los cuatro reinos.

Estaba meditando en todo eso cuando un carruaje se detuvo justo delante de él. Ningún caballo tiraba del vehículo. Las ruedas parecían casi flotar sobre el suelo. La puerta se abrió, como invitándolo a subir.

Molen no le temía casi a nada, ni nadie. Había sido entrenado por su padre desde una temprana edad a no dejarse llevar por la apariencia de las cosas, fueran estas horrendas, o hermosas.

—«Lo importante está casi siempre fuera del alcance de los ojos» — le había repetido en más de una ocasión.

Sin vacilar un segundo ingresó al carruaje, y de inmediato este se puso en movimiento, llevándolo por caminos cada vez más oscuros y escarpados.

El guardián no vería a ninguno de los súbditos del rey de las sombras durante el trayecto. Recordó haber leído algo sobre ello en los registros: los sirvientes del Señor de la oscuridad se ocultan ante cualquier visitante, en especial si éste porta alguna luz.

Por los fuertes vientos que golpearon su rostro, y por las siluetas que apenas pudo deducir, calculó haber llegado a lo más elevado de aquel abrupto terreno. No se equivocaba. El carruaje se detuvo de golpe, y luego de que bajó pudo contemplar, con cierta dificultad, un edificio de imponente tamaño.

La estructura nunca podría rivalizar en altura con la torre de las cuatro puertas, que casi alcanzaba las nubes, pero su aspecto sombrío por un momento le hizo desear no ingresar.

Una figura encorvada se le acercó con sorprendente rapidez, estirando un brazo delgado y una mano huesuda, invitándolo a seguirla.

—Mi amo lo espera, guardián de la torre —la voz parecía provenir de un lugar distinto a su garganta.

Molen caminó justo detrás del misterioso guía, ingresando a la amenazante edificación. Su armadura de luz iluminaba el camino lo suficiente como para evitar que tropezara con algún obstáculo.

En la puerta del castillo lo esperaba una figura alta, más alta que él, que al ser iluminada por la luz reveló un rostro bastante peculiar. Se veía como el de cualquier otro hombre, pero carecía de toda expresión. Una mórbida palidez contrastaba con la oscuridad del lugar y la de sus ropas.

—Bienvenido a mi humilde morada, guardián de las cuatro puertas —lo saludó con voz grave y gutural.

Molen devolvió la cortesía respondiendo: —No pude ignorar un llamado tan inusual. Que el soberano del reino de las sombras busque crear

lazos con los reyes de las arenas, los hielos y los bosques, es algo sin precedentes. No figura en los registros de la torre.

—Sí, imagino que su sorpresa debió haber sido muy grande cuando recibió mi carta.

—Era la primera vez en muchísimos años que se escuchaba la trompeta negra.

—Este encuentro debió tener lugar hace tiempo. Pero hay una buena razón para el involuntario retraso. Debía realizar algunos cambios en este reino, antes de estar listo para visitar los otros.

—¿Qué tipo de cambios? —preguntó el guardián, intrigado.

—Mis súbditos no son como los de otros lugares. No debe olvidar que la energía vital que necesitamos aquí proviene de los rincones más oscuros de las almas de las otras tierras que vigila. Eso ahora va a cambiar.

—Me cuesta creer que puedan llegar a vivir sin alentar todo lo negativo de lo que son capaces las personas.

—No vamos a alimentar más esa oscuridad. Hemos encontrado la forma de vivir sin esa energía.

—¿Me está diciendo acaso que van a destruir los papiros? ¿Que ya no serán escritos los nombres de cada recién nacido en ellos para luego anotar los actos de maldad que esperan que comentan cuando crezcan? Me es difícil creer eso. Este reino desaparecía.

—Debe confiar en mis buenas intenciones, guardián —aseveró el rey de la oscuridad—. Como prueba de ello lo invito a que nos acompañe en la hoguera roja que encenderemos esta noche. En ella arrojaremos los papiros que corresponden a los habitantes de los tres reinos.

Molen no terminaba de dar crédito a lo que había escuchado: —¿Cuál es la verdadera razón para este cambio?

—Veo que se resiste a creer en mis palabras. Lo entiendo. Han sido muchos siglos en los que la oscuridad rondó cada uno de los corazones de hombres y mujeres. Ahora los otros reyes desearían atacar nuestra tierra y anexarla a sus reinos. De esa manera acabarían con la maldad en sus propias casas.

—¡Eso es imposible! —exclamó Molen—. Todos saben bien que la única manera sería que yo abriera más de una puerta a la vez.

—Pronto su hijo crecerá lo suficiente como para reemplazarlo. Ha sido así desde que la torre fuera construida por las fuerzas superiores. Durante la transición las puertas estarán débiles. Ese momento es el que otros quisieran aprovechar para acabar con nuestro reino.

Molen se detuvo a meditar en todo lo expuesto por el rey oscuro. A pesar de provenir de un ser en quien no podía confiar, tuvo que admitir que su oferta era demasiado tentadora como para no ser tomada en cuenta.

—Muy bien. La quema de los papiros será una clara señal de sus intenciones. Mañana podremos partir hacia la torre.

—Nada me complacerá más que transmitirles la buena nueva a los tres reyes acompañado del mismísimo guardián.

Molen no podía ocultar su entusiasmo. Que el tenebroso soberano del reino de la oscuridad le ofreciera un futuro sin la influencia de las sombras era una realidad que nunca imaginó posible.

Esa noche, alrededor de una hoguera de fuego rojo, la única luz que no hería sus ojos y dañaba sus cuerpos, miles de súbditos de aquella peligrosa tierra se hicieron presentes, portando cada uno de ellos un papiro. En ellos estaban escritos los nombres de los habitantes de los reinos

de los bosques, los hielos y las arenas. Junto a ellos, cual inevitable hado, la debilidad o el pecado que había marcado sus vidas.

A pesar de la terrible influencia ejercida por los papiros durante muchos cientos de años, la mayoría de las personas no sucumbía a su oscuro poder, ganando la batalla interna entre el bien y el mal. Pero algunos no eran tan fuertes, y cuando se dejaban llevar por la debilidad, producían una energía que alimentaba y fortalecía a los súbditos del oscuro reino.

Cuando el guardián vio que todos los papiros habían sido quemados sonrió de satisfacción. Una alegría que nadie hubiera anticipado durante su visita a ese lugar inundó su corazón. Quizás fue por ello por lo que olvidó que no debía dejarse guiar por las apariencias tan fácilmente. En un terrible descuido, decidió dejar a un lado su lanza plateada y retirarse la armadura de luz.

—¡Ahora! ¡Ya no tiene protección! —gritó el rey.

Una docena de guardias, que estaban mimetizados con las sombras del lugar, cayeron encima del guardián.

Molen era rápido, y estaba muy bien entrenado en el combate cuerpo a cuerpo, pero lo coordinado y sorpresivo del ataque terminaron por vencer sus defensas y doblegarlo.

—¡Eres un traidor! No tienes honor ni palabra —gritó con todas sus fuerzas.

—¿En realidad pensaste que te regalaría la paz, y de esa manera? Los papiros que viste son los de las personas que murieron hace mucho tiempo. Los nuevos están muy bien guardados, en un lugar al que solo yo tengo acceso. ¡Ja, ja, ja! No eres digno de tus antecesores; ellos no hubieran caído en una trampa tan inocente.

El guardián reconoció que fue descuidado, por no haber estudiado más a fondo la historia de ese reino. Por tratarse de la tierra de la oscuridad había preferido simplemente dejarla de lado. No recordó, o simplemente no sabía, que sus habitantes podían estar tan cerca de él y ser virtualmente invisibles. Ahora pagaría muy caro por su equivocación.

—¡Tráiganme su arma!

El rey oscuro sabía que la armadura de luz no podía ser destruida, pero la lanza plateada no era tan fuerte: —Hoy te demostraré parte de mi inmenso poder, ingenuo guardián.

El monarca de las sombras tomó la lanza entre sus manos y luego de repetir unos versos en una lengua que dañó los oídos de Molen, lentamente la empezó a doblar, hasta que esta se partió. En ese momento un poderoso rayo de energía salió disparado con dirección a la torre de las cuatro puertas.

—En cuanto a tu armadura y la llave de la torre, nunca volverás a verlas.

—No lo hagas. Si atacas la torre todo podría ser destruido.

—Eso es lo que espero que suceda.

—La torre mantiene el equilibrio de este mundo. No debe permanecer abierta más de una puerta a la vez. La oscuridad de este reino trataría de imponerse en los otros territorios. Se esparciría por doquier, asfixiando y destruyéndolo todo.

—Recién te das cuenta de la dimensión de mi ambición. ¡Guardias, llévenlo a la mazmorra!

Lyda y sus dos hijos descansaban en la sala familiar, cuando un destello muy brillante casi los encegueció. No tardaron en percatarse de que la torre parecía estar rodeada por una extraña luz.

Subieron rápidamente al salón de observación. Cuando llegaron fueron testigos de cómo aquella energía rodeó unas cuantas veces al edificio y se proyectó hacia arriba, produciendo un anillo de luz que iluminó por completo el cielo nocturno.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó Yali.

—No estoy segura, hija. Parece la entrada a otro lugar.

—¡De alguna manera sé que tiene ver con nuestro padre! ¡Algo ha ocurrido! —exclamó Gósel, con gran preocupación.

—Yo también siento algo. Pidamos a los dioses para que él esté bien —dijo Lyda, abrazando a sus hijos con fuerza.